
XVIII CONCURSO DE RELATO CORTO HUÉTOR VEGA 2019

ASOC. HUÉTOR VEGA GRÁFICO y CONCEJALÍA DE CULTURA

PRIMER PREMIO

Colores Primarios

Autor: Andrés Morales Rotger

...y cuando abrí su diario, en la primera página sólo había escrita la palabra cáncer; pero subrayada cuatro veces, una por cada fase del tratamiento.

COLORES PRIMARIOS

Marzo sorprendió a Nadia con el verde de la primavera pintado en el pelo. Mariposas de sol la reciben en cuanto alcanza la calle y la luz se derrama sobre ella con claridad de quirófano. Ahora toca sonreír y Nadia sonríe. Porque cuando se entra en el optimismo de los días largos, la falda se acorta y se intensifica el apetito por disfrutar la vida.

Los músculos no duelen. La fatiga no se siente. Nadia ya no utiliza las escaleras mecánicas. Aunque hubo un tiempo en que el miedo al esfuerzo la traspasaba y le llenaba los ojos de angustia. Cualquier pequeño esfuerzo. Un tiempo que hoy la primavera oculta en su luz. Un tiempo nuevo en que se siente menos vulnerable. Que necesita subrayar en verde:

Hoy me siento menos vulnerable.

Nota que la fuerza ha regresado a los tobillos, a las rodillas, a las muñecas. Que le anuncia que uno de los yoes que daba por muerto ha regresado a su alma. Un yo llamado Jordan que le transfiere megacantidades de energía; directamente de la NBA. Que le proclama a voz en grito que comienza a ser otra. Lo escribo en mi diario: *soy otra*.

—Si le parece bien, regreso al equipo —Sesión preparatoria los martes; la camiseta número cuatro en la línea de 6.25. Sesión de recuperación los jueves; la camiseta número cuatro en la botella de tiros libres. Hasta ayer. Hoy se encuentra superfuerte—; ¿me coloco la camiseta, entrenadora?

Nadia ala-pívot; cabello verde neón.

Cuando volvió a la calle el verano era una naranja grande y redonda sobre el cabello de Nadia; lacio y dorado como espigas de centeno. Una ráfaga de luz lo atraviesa y el viento remueve calores y perezas que durante días no fueron sino un silencio de siesta entre paredes blancas. El soplo cálido del aire hincha las velas del deseo.

La quemazón ha desaparecido. Ni rastro de hormigueos bajo la piel. Nadia vuelve a tener manos. Vuelve a tener pechos. Vuelve a tener labios que subrayan tímidamente la evidencia. Atrás

quedaron las habitaciones blancas, las batas blancas, las camas blancas y la gramática blanca de la soledad. El temblor en los dedos, en los labios, en los latidos como pedradas del corazón. Un corazón cuya puerta abrió a patadas la mañana; con el propósito de saquearlo. Que late acalorado contra la almohada. Que me urge a escribir y subrayar en rojo.

Mi corazón late otra vez sobre la almohada.

Nota que el deseo ha regresado a los labios, a la cima de los pechos, a los dedos atrapados entre las piernas. Que le anuncia que otro de los yoes que daba por muerto ha tomado por asalto su piel. Un yo llamado Anaïs que me peina, me maquilla, me pone intolerablemente guapa y me regala uno de esos lotes especiales de besos y dulzura con que adereza su tormentosa biografía. Para que me anime y comience desde cero a ser otra. Lo escribo en mi diario: *ha regresado Anaïs: soy otra.*

—Quiero avisarte de que voy a acostarme contigo —infinitamente desnuda dentro de una ligera camisa—: a mí no me valen días ni horarios ni pautas médicas.

Es Nadia pelo paja; adolescente de hormonas revueltas.

Frente a la boca del metro camina ya el otoño por el asfalto recién hervido. Arde el paseo y arden las mechas de Nadia hasta confundirse con las hojas secas de los plátanos de sombra. Ocres y rojos. Sobre todo el rojo; rojo anaranjado. Tiene el sol a su espalda y un septiembre sin memoria se le va enredando en el vuelo de la falda.

Los vómitos y nauseas son un recuerdo lejano. Un soplo en la memoria. Nadia bebe agua hasta agotar la botella que trae siempre consigo. Ni una sola huella roja de sangrado en las encías. Al fin ha machacado los remusgos del miedo que le desordenaron los pensamientos y ha rellenado los charcos de luz de la memoria con recreaciones propias. Regresa de los agujeros negros del tiempo y se instala, al fin, en el lado más fértil de su presente inmediato. Su mente arde entre una constelación de palabras. Abre el escritorio, busca un rotu y las subraya en naranja encendido.

Ardo en una constelación de palabras.

Nota los pensamientos limpios y ordenados en una memoria de excel; con todo el fuego interior del pasado verano crepitando aún. Señal inequívoca de que vuelve a estar con ella uno de sus yoes predilectos. El yo de Hipatia ha renacido de entre las cenizas de Alejandría. Cartas, poemas perdidos, las palabras más bellas regresan con ella y con todos sus misterios. Palabras que son pisadas cuyas huellas conducen a bibliotecas de antiquísimas culturas. Lo escribo en mi diario: *¡Hipatia no*

se ha suicidado! Está conmigo; soy otra.

—Contar conmigo para próximos trabajos —Nadia abre el portátil y apila los apuntes en una bandeja del escritorio—: la jefa de estudios ya está al corriente.

Ella es Nadia rizos de cobre; estudiante adelantada.

El día que el invierno le quitó la falda al otoño, Nadia se asomaba a la melancolía de la nieve sobre el atardecer y a la tenue luz al final del túnel. En la bocana de la L6, la línea malva, la ropa negra, el cabello blanco, corto y crespo. Los brotes cortos de sus cabellos aman el frío. Fríos de azules y blancos. Un mechón azul le tapa a Nadia un lado de la cara y el blanco del invierno se queda pegado a los balcones.

Pelo rapado, blanco y menudo; y varios centímetros de mechón azul; muy chillón. Durante tiempo la angustia ha ido sedimentando en ella una belleza extraña. Son muchos los días que buscó, desesperada, aquella melena donde antes escondía los dedos. Cuando llena de complejos fruncía los labios al ver abatida su furiosa belleza. Esa misma belleza con que ahora se dispone a fundir el hielo. Que lo anuncia y lo subraya en azul muy frío.

Soy una hoguera de hielo.

Nadia nota que la diosa de la danza se ha embrocado en su interior. La música ha virado del pop de Michael Jackson a las notas de Schumann y eso le indica, con absoluta certeza, que uno de sus yoes más díscolos ha vuelto. El yo de Isadora se ha colado en la fiesta para caldear el aire con su fular rojo. Nadia percibe el aroma del alma entrando y saliendo a su antojo de su pecho, dibujando movimientos que se inspiran en la espuma del mar, en el viento en los árboles, en el vuelo de un ave sobre el espejo de un lago helado. Juntas dominamos a la perfección la termodinámica del hielo. Lo escribo en mi diario: *Está aquí Isadora; soy otra.*

—Aunque solo sea un rato —música, escotes, flequillos, confeti, cava, lentejuelas, satén, serpentinas, diversión, negro y plata, matasuegras, maquillaje, minifaldas, risas, chaquetas, globos chinos, oro, amigas, amigos, pareja con derecho a roce, guantes, capirotes, pitos, espaldas desnudas, tacones de vértigo; lo indispensable para compartir los labios con quien me apetezca en esta noche de nochevieja—: las doce uvas y me voy.

Nadia, agujas de nieve.

Y de pronto, sí, la alegría. Sus propios cabellos, recién nacidos, brillantes, fresquísimos, enloquecidos de dicha. Sin extensiones ni apósitos capilares ni pelucas de princesita pop que ya no precisa. Nadia ha reconocido la alegría y, tanta alegría, le da miedo. Pero enseguida deja entre luz y luz una sonrisa. Radiante; de alta energía.

De alta alegría. La energía de Nadia.

Y la fuerza de Jordan, la pasión de Anaïs, la ciencia de Hipatia, el desenfado de Isadora.

Nadia, cráneo de sacerdotisa; top sin capucha.

El cáncer se vuelve brutalmente agresivo en personas jóvenes. Aun así Nadia conservaba íntegro el olor a hembra frutal, las heridas del acné, muchos sentimientos por ordenar y todos sus yoes. Todas las vertientes de su personalidad intactas. Pero a pesar de la brutalidad del diagnóstico, ella fue valiente. Fuera de cualquier detección de rutina; a instancia de Nadia y gracias al acierto del oncólogo. Tratamientos individualizados. Un total de cuatro tratamientos. Nadia pisa con paso firme por la ciénaga de los isótopos. Y, al final, sí, el cáncer se vence. Porque para Nadia el final del mal sueño acaba justo hoy, mientras, frente a la boca del metro, los copos cansados borran su viejo mundo.

Nadia, verde neón; pelo paja; rizos de puesta de sol; agujas de nieve, cráneo rapado.

Nadia, nigérrimas ondas de gitanilla española.

Nadia, ojos color vuelvoavivir.